

SABER INGENUO Y SABER CRITICO.

Por gentileza de Don Alejandro Deustua, nos es dable peresentar este artículo de Francisco Romero, que tiene en sí, además del valor de haber sido escrito por una personalidad como la de su autor, el de la profundidad y significado de su concepción.

Francisco Romero puede ser considerado como un verdadero líder del pensamiento filosófico en la Argentina.

Continuador de la obra de Alejandro Korn, ha logrado orientar el pensamiento especulativo de su Patria, hacia la teoría pura y desinteresada, en contra de la Filosofía política y pragmática, que trataron de imponer algunos discípulos del mismo Korn.

Admirablemente enterado del desarrollo del pensamiento americano, está en contacto directo con los principales focos filosóficos del continente.

Tiene muchas vinculaciones en el Perú, y siempre ha mostrado especial interés y confianza en el porvenir filosófico de nuestra tierra. Ha seguido de cerca la obra de Alejandro Deustua, al cual considera entre las primeras figuras forjadoras de la tradición filosófica latino-americana.

De incansable actividad, no solo ha contribuído al desarrollo de la Filosofía, desde la cátedra, sino mediante innumerables publicaciones, con las que ha puesto alcance de los que se interesan por ella, lo más logrado del pensamiento contemporáneo. Entre sus principales producciones pueden contarse, su Lógica (en colaboración con Eugenio Pucciarelli) su Filosofía de la Persona, su Temporalismo, y sobre todo, su Programa de una Filosofía, en la que esboza el desarrollo que están siguiendo sus investigaciones, y en la cual puede verse el vuelo de su propio pensamiento.

En el presente artículo, nos ofrece en lenguaje periodístico, una visión de la esencia del conocimiento teórico o crítico, y de lo que lo distingue del conocimiento ingenuo. Nos muestra las diferencias y los puntos de contacto entre ambos conocimientos. De sumo interés son las consideraciones que hace sobre la posibilidad de llegar a un conocer plenamente objetivo.

Toda la trama del artículo, está impregnada de aquel espíritu a la vez crítico y especulativo, que caracteriza a la Filosofía de nuestro tiempo, y que tan bien representa Romero.

F. M. Q. C.

El saber se da en dos grandes maneras o familias: la del saber ingenuo y la del saber crítico o reflexivo. El saber ingenuo se va constituyendo en nosotros a lo largo de toda la vida, mediante la recepción y la propia experiencia; el saber crítico ocurre sobre todo en la ciencia y en la filosofía, esto es en las actitudes deliberadamente cognoscitivas. En el saber ingenuo intervienen muchos elementos que no pertenecen a la esfera del puro conocimiento; el saber crítico aspira a ser conocimiento estricto y desnudo. Pero habría error en creer que todo en el uno sea incierto, inseguro, y todo sólido e indudable en el otro. En realidad, el saber ingenuo almacena mucho conocimiento válido, y el saber crítico no siempre logra ser tan crítico como imagina y admite con frecuencia influjos perturbadores. Al separarlos, conviene tener presente que una cosa es caracterizarlos diferencialmente, como modelos o tipos ideales y otra afirmar que todo saber espontáneo concreto está enturbiado por ingredientes extrateóricos, y que cuanto las ciencias y la filosofía nos ofrecen venga gobernado y constituido según la limpia y extrema teoreticidad.

También será oportuno advertir desde el comienzo, una relación—de consecuencias considerables— existente entre una y otra manera del saber. Los hombres en quienes estos dos tipos de saber se encarnan, no se distribuyen a su vez en dos grupos cerrados, correlativos a los del saber mismo. No están, pues, por un lado los que practican el saber ingenuo o natural y por el otro los que profesan el saber sometido a los requisitos de la crítica. El saber espontáneo es general, pertenece a todos los hombres, por el mero hecho de ser hombres; es atributo necesario de cualquier existencia humana; en cambio el saber crítico es una especializa-

ción, se da sólo en ciertos hombres, y no en todo momento ni circunstancia, sino en cuanto se consagran a la actividad del conocimiento metódico. El saber ingenuo es vida, espontaneidad; el saber reflexivo es disciplina, esfuerzo. Residen, pues, en planos diferentes y operan de diverso modo: el uno diluido y como identificado con nuestro ser mismo hasta sus últimas raíces y orientando la conducta diaria; el otro componiendo estructuras más o menos rígidas y completas en la zona iluminada de la conciencia y dando trabajo a las potencias más elevadas del intelecto. De todo esto provienen muchos intercambios entre ellos, tan interesantes como de difícil especificación. El saber común, con su masa oscura y viviente, ronda sin tregua el recinto limitado del saber reflexivo y se insinúa en él de varias maneras. Esta penetración es, naturalmente, mayor y más visible en el saber reflexivo en cuanto posesión individual que en el saber objetivado, y asume en los casos extremos la forma de una inundación que rompe y suprime los esquemas teóricos; no es raro, en efecto, que una conmoción ruda, un violento choque emocional quebrante y aniquile temporal o permanentemente los complejos, lúcidos pero helados, del saber crítico y remita al sujeto al refugio abrigado de las convicciones vividas. A su vez, el saber reflexivo rebasa su campo, bien en los mismos que lo practican en faenas de ciencia o filosofía, constituyendo en ellos hábito y extendiendo su rigor y parsimonia a cualquier comportamiento; bien en sentido más general y amplio, cuando los resultados de mayor bulto de la indagación o la meditación metódica pasan poco a poco a convertirse en verdades de sentido común, en adquisiciones del saber vulgar. Pero nótese que en este caso lo que se difunde es el resultado, la tesis bien o mal entendida, y no los recaudos y condiciones que son su justificación; por lo que, con frecuencia, la adhesión al darwinismo o a la relatividad no difiere fundamentalmente de la creencia en duendes y aparecidos.

El saber vulgar se allega sin plan ni propósito claro al azar de las experiencias de la vida, de la vida de la especie y de la vida del individuo. Como no existe un plan concebido de antemano, ni un propósito bien definido y persistente, no se buscan ni se discuten los recursos apropiados para la obtención del saber. El sujeto se enfrenta con su objeto sin las preocupaciones indispensables para una captación adecuada. Y adviértase que entre tales precauciones figura en primer término una larga serie de inhibiciones, de controles. Primariamente somos seres activos, creadores; somos agentes de emociones y de deseos. En la actitud espontánea el sujeto funciona de acuerdo con sus naturales propensiones y deja libre escape a las tendencias activas, a la imagina-

ción. al temor, a la confianza, al amor, al odio, a sus deseos. El saber común se adquiere y configura con la participación de estos y de otros ingredientes por el estilo. Las tendencias activas se oponen a la reposada recepción del dato; la imaginación borda complicadamente en su cañamazo alrededor de unos pocos rasgos verdaderos; los sentimientos difunden sobre la realidad su luz, débil o intensa, favorable o desfavorable; iluminan aquí y obscurecen allá, y aún llegan a sumir ciertas zonas en total tiniebla; en pocas palabras: matizan y otorgan relieve a todo según su gama apasionada y variadísima. Y las adquisiciones así obtenidas no permanecen inmutables; en la memoria continúa la elaboración subjetiva; en la memoria, que no es, como suele creerse, un depósito, sino un activo taller donde suceden mágicas transformaciones. Fuera de estos elementos de perturbación están los errores propios del pensamiento cuando se no vigila a sí mismo, que estudia la lógica en el capítulo de los paralogismos. Acúdase, por ejemplo, a la parte correspondiente del famoso tratado de John Stuart Mill, y se verá cuánta materia aprovechable hay en ella para una doctrina del saber común. Entre todos los paralogismos, hay dos que revisten una capital significación desde este punto de vista, porque están de continuo presentes en el pensamiento habitual: el de falsa generalización y el de falsa oposición. Mediante el primero, de escasas y despreocupadas comprobaciones (o seudocomprobaciones) se extraen consecuencias generales que se toman por inconcusas, aunque distan mucho de serlo. Por el segundo— menudamente analizado en sus manejos prácticos por Vaz Ferreira en su “Lógica viva”—, los términos que entre sí son meramente diferentes y, por lo tanto compatibles, se extreman y deforman hasta imaginarlos contrarios y, por lo mismo, resueltamente contrapuestos e incompatibles. Las discusiones y polémicas son campo abonado para este paralogismo, porque las exigencias del combate verbal imponen y traen consigo una inconsciente simplificación y polarización de las tesis en pugna, y por este motivo, si bien no suele convencerse al adversario, cada uno queda mucho más seguro de su propia razón y termina firmemente convencido en puntos sobre los cuales acaso dudaba antes; la inclinación polémica coincide con la convicción firme, pero nunca puede afirmarse hasta qué punto el polemista discute por estar convencido o está seguro por haber discutido. En general, las tesis científicas y filosóficas admitidas y prohijadas por el saber común pierden su originaria condición de cosa sabida y sujeta a revisión, supeditada a sus pruebas, y se convierten en asunto de creencia, en cosa vivida y lastrada con todos los potenciales extrateóricos enumerados y con muchos más. Pero hay un singular traslado

de la tesis desde el plano teórico al común o vivido, y es el que ocurre en el ánimo de quienes tras profesarlas críticamente, por haberlas defendido en polémicas terminan adhiriendo a ellas en absoluto y sin posibilidad de volver atrás.

En el saber común, inútil parece consignarlo, se acumula un riquísimo caudal de experiencia cierta; sin ello no se le podría denominar saber. Pero esta experiencia tiene muchos costados vulnerables, infinidad de desfallecimientos. Las dos fuentes del saber son la comprobación inmediata y el pensamiento lógico, y si suele reconocerse sin inconvenientes que no siempre se piensa con justeza, en cambio se olvida que aun más raro y difícil que el pensamiento justo es la adecuada aprehensión y retención de los hechos tal como ante nosotros se manifiestan. Alguien ha dicho que ver las cosas como son es uno de los más altos triunfos del espíritu, y con todo esto tiene que ver el penetrante aforismo de Vaz Ferreira: "La humanidad, por el razonamiento, aprende poco. Pero por la experiencia no aprende nada".

El conocimiento crítico parte de este supuesto: que el saber seguro y válido no es una espontaneidad, sino una disciplina. De aquí su nota esencial: es saber metódico desde el principio al fin, saber traspasado de un imperativo de autocontrol, de autoconciencia: es saber que se vigila y se sabe a sí mismo, saber saturado de desconfianza y de reservas mentales. Lo primero es eliminar todo elemento extrateórico, todo lo ajeno a la esencia misma del saber; lo segundo, procurar que la teoreticidad funcione sin desvíos ni tropiezos. El método lo define y lo gobierna, lo flanquea por todas partes y de muchos modos: métodos de observación, de generalización, de sistematización, de demostración para la ciencia; métodos peculiares para la filosofía. Cuando la edad moderna se pone a rehacer el cuadro general del saber humano, la primera demanda es la de nuevos métodos, la palabra método resuena a cada paso como una consigna, y hasta podría decirse que la carta magna de los tiempos nuevos tiene dos capítulos: la lógica metodológica de Bacon y el "Discurso del método" de Descartes; desde entonces el trabajo empleado en la elaboración, afinación y justificación de los métodos casi se equipara al gastado en la aprehensión de la realidad misma. Frente a tan grande y complicada maquinaria metódica, trazada de intento, el saber común funciona sin métodos propiamente dichos, o acaso con un único y sumario instrumentario metódico: el llamado "sentido común", criterio extraído de las comprobaciones y pseudocomprobaciones cotidianas, y algo así como molde o cauce suyo. La ciencia y la filosofía no son, como se ha dicho más de una vez la expresión más elevada del sentido común, sino a menudo todo lo contra-

rio. Las matemáticas, la física, contradicen a cada instante al sentido común; la filosofía se mueve toda ella fuera de su órbita, desde que se inaugura en los presocráticos con la superposición de una secreta realidad sustancial a la realidad patente y sensible, la única frecuentada por el saber natural. El sentido común es la actitud mental correspondiente al saber común, a la experiencia vulgar, que incluye aquellos conocimientos de origen reflexivo que han sido asimilados y han pasado a ser ya propiedad de todos; se le contraponen la actitud científica y la actitud filosófica, que respecto a él representan una crítica y una superación. El sentido común, con ser en el hombre de ahora más amplio y comprensivo que en el hombre antiguo y en el medieval no puede transigir con ciertas proposiciones de la teoría de los conjuntos, ni con la conclusión einsteiniana de que la masa es una función de la velocidad, ni con la doctrina kantiana de la idealidad del tiempo y del espacio ni con muchísimas otras tesis del saber científico y filosófico.

El saber común, actividad natural y espontánea, de acuerdo con lo dicho, tiene un notorio carácter subjetivo; el sujeto se vuelca en él con sus peculiares maneras de ver, con sus prejuicios y preferencias, con sus deseos y reacciones emocionales, con el libre juego de su mente, no coartado por normas ni principios rigurosos. Tal carácter subjetivo se refleja en el particularismo de este saber por lo menos de amplios sectores suyos, que difieren con las diversas capas sociales, que varían del campo a la ciudad y aún según los distintos tipos individuales. Todo el aparato reflexivo y metódico del saber crítico se endereza a suprimir ese subjetivismo, a lograr una visión limpiamente objetiva y neutral de las cosas, a que podamos trascender directamente y sin mediaciones hacia ellas en el conocimiento. Desde este especial punto de mira se puede decir que todas las cautelas y recursos del saber crítico se proponen una tarea negativa; restar del acto cognoscitivo cuanto no pertenece a su esencia; purificar la atmósfera entre el sujeto y el objeto, para que éste se revele tal cual es, claramente y sin refracciones.

Lo natural parecería ahora concluir que, contra el subjetivismo particularista del saber vulgar, el saber crítico es resueltamente objetivo y universal. La más sumaria versación en la historia de las ideas muestra, sin embargo, que no es así. La objetividad no se alcanza nunca plenamente; acaso no sea alcanzable. Quizá resulte imposible eliminar del todo las resonancias subjetivas en la ciencia, y sobre todo en la filosofía. En los últimos tiempos el tema de la relatividad del saber ha sido uno de los predilectos, y se ha desarrollado y defendido en teorías de gran estilo,

dentro del marco de las "concepciones del mundo". Recuérdese a Spengler. Por su parte, Dilthey había ya sostenido que las interpretaciones filosóficas de la realidad, los vastos lienzos de las metafísicas, se reducen fatalmente a tres grandes modelos de concepción del universo los que a su vez dependen de tres fundamentales tipos humanos, de tres estructuras anímicas, cada una definida por la índole de lo que para ella constituye la experiencia radical y primaria, por la especial resonancia que en ella suscita la presencia de la realidad. Todo el vasto asunto de las concepciones del mundo, apenas explorado, guarda relación en muy varios enlaces con la cuestión de la objetividad del saber. Otras averiguaciones más especiales apuntan a lo mismo, como las que tratan de descubrir las determinaciones sociales del conocimiento. Baste recordar las riquísimas observaciones de Max Scheler en su "Sociología del saber", trabajo que fué originariamente algo así como una introducción general a una serie de monografías sumamente instructivas sobre aspectos particulares de los influjos del complejo social sobre las actividades del conocimiento. Nótese de paso que con la posibilidad de discernir tales influencias, si bien se las reconoce y acusa, por otro lado son de algún modo superadas, ya que se la toma en cuenta y analiza en cuanto elementos ajenos al saber mismo y de consecuencias deformadoras en muchas ocasiones, aunque habitualmente intervengan en los hechos concretos del saber.

¿Habrá, pues, que renunciar a la objetividad y a la universalidad como notas del saber crítico? De ninguna manera. La situación puede describirse así: la objetividad y la universalidad son inseparables del saber reflexivo en sí, pertenecen a su esencia, se incluyen necesariamente en la "idea" de este saber. El saber es crítico en cuanto las realiza, pero también en cuanto aspira a ellas y pugna por realizarlas; lo que cae fuera de ellas o las contradice ha de atribuirse al concurso de factores inevitables sin duda en cada ocasión, pero extraños a la pura índole del conocimiento. En cuanto realización efectiva, en cuanto hecho humano que ocurre en fecha y lugar determinados, el saber científico y filosófico está subordinado a las contingencias y complicaciones propias de todo lo fáctico y concreto; a las perturbaciones ocasionadas por incontables ingerencias individuales y sobreindividuales. Pero lo que he denominado su esencia o su "idea" (en sentido platónico) ejerce una acción normativa, regulativa, ejemplar: es, dentro del saber mismo, una tensión o un ímpetu en la dirección de la objetividad desnuda, de la pura verdad, y, por encima y a lo lejos, un paradigma o modelo, una finalidad hacia la cual el conocimiento avanza laboriosamente. Todo progreso cognoscitivo,



toda revolución o innovación científica, importan un abrirse a la experiencia, a la realidad. en manera más amplia y más libre de interferencias, más purgada de prejuicios, incluso de los prejuicios de la razón, que no figuran, por cierto, entre los menos graves. Por todo ello el saber natural y el saber crítico deben ser estudiados de manera bien diferente. En el saber natural sólo hallamos un conjunto de hechos; en el saber reflexivo encontramos dos instancias muy distintas: una cierta "idea" o esencia (lo propio de este saber, lo fundamental y privativo), y una colección de hechos en los que este saber se va realizando, enturbiándose de continuo su esencia con abundantes componentes espurios. El saber natural no es sino lo que es; el saber crítico se desdobra en un deber ser y una realidad que trabajosamente se le va aproximando. Para el saber natural, por lo tanto, basta el examen psicológico, sociológico, histórico, etc; esto es, un examen de los hechos de conocimiento dados. Para el saber crítico es necesario examinar, por una parte, su estructura ideal y las consecuencias normativas que de ella derivan, temas de estirpe filosófica o lógica, sin reclamo a la experiencia, y, por otra parte las realizaciones efectivas. los hechos de saber, cuyo análisis en cuanto hechos o sucesos toca a la psicología, a la sociología, a la historia de las ideas... Situación que desde luego, se repite para la consideración de toda actividad humana que apunta a un valor autónomo.

Una notable diferencia entre los productos de una y otra clase de saber aparece en la distinta conformación del complejo que respectivamente componen. El saber común, allegamiento de materiales sin control ni normas estrictas, sin clara conciencia de sí, se acumula como un depósito; se organiza, podría decirse, por mera gravedad; es de carácter sedimentario y crece como por capas geológicas. El saber reflexivo es siempre arquitectural, y aun el propósito de edificación conforme a plan es una de sus mayores preocupaciones; siente predilección por las ordenaciones y clasificaciones. Las partes del saber común se ensamblan por mera presión o contacto; las del saber crítico se articulan mediante vínculos lógicos. De aquí que las contradicciones apenas vulneren al uno, y, en cambio, obliguen a continuas revisiones en el otro.

FRANCISCO ROMERO.